

SEGUNDO PREMIO CATEGORÍA B: No hay vuelta al ruedo

Miguel Izaguirre Fdez- Campoamor (4º ESO B)

No era un día de faena como otro cualquiera. Aquel día había amanecido gris y con aspecto triste. Normalmente, hacía buen tiempo. Algunos días por la mañana el calor y el agua de los ríos hacían una pareja misteriosa que envolvía todo de un manto gris claro que se posaba encima del pueblo como si quisiera esconderlo. Pero ese día no era igual, el manto no era claro, era plumizo y en lo alto se veían nubarrones, de esos que asustan y amenazan tormenta.

Sin embargo, la ventana estaba abierta y era tradición y costumbre del torero asomarse y contemplar el horizonte recitando una especie de oración, que creía que le ayudaba cada vez que tenía una salida al ruedo.

Ese día asomó por la ventana. El color del cielo no le gustaba y se olvidó la última parte de la oración, como si se le hubiera borrado de la mente.

Para Linares, todas esas cosas formaban parte de un mal presagio. Linares procedía de una familia humilde. Sus padres eran campesinos y tenía cuatro hermanos, todos chicos. Su madre siempre decía que había escogido tener chicos, sobre todo cuando alguna gente del pueblo bromeaba cada vez que la veían embarazada.

Era gente de rutinas diarias, muy apegados a la tierra, a las tradiciones, a la familia y esas cosas calaban muy dentro de él. Su madre ya no estaba, había fallecido hacía unos años, como él decía, de una de esas enfermedades cuyo nombre era impronunciable, porque si se nombraba, traía mal augurio.

Su padre y sus hermanos y él vivían todos juntos en la misma finca. Se dedicaban a la ganadería, desde siempre, Su vida estaba unida al ganado, sus hermanos y él lo tuvieron claro desde el principio. Sus padres no pensaron otro oficio para ellos. La finca había que cuidarla y ellos no pensaron en nada más, que en cuidar la finca.

Linares tuvo otra inquietud, torear. Ya, desde pequeño, cogía la muleta y pegaba pases a cualquier cosa, con pinta de embestir.

Al principio a sus padres no les gustó mucho, sobre todo, a su madre, pero Linares, insistió. Se relacionó con gente del mundo de los toros. Y, cuando casi nadie lo sabía, daba clases con un conocido que le aconsejaba en esto del arte del toro, como ellos decían cuando hablaban del tema.

Cuando su madre falleció encontró una salida a su angustia mostrando todo lo que había aprendido y su amigo, en la sombra lo metió de lleno en el mundillo. Además se le daba bien y tenía mucho arte.

Durante los años siguientes a la muerte de su madre, participó en muchos festivales, algunos con nombres importantes, de esos que salen siempre en los carteles. Siempre colocaba uno de esos carteles con su nombre en el patio de entrada de la finca y había muchos. Le gustaba recuadrarlo y él y sus hermanos celebraban cada festejo como si se tratase de un acto único. Pensaba que su nombre Linares Pavón Hernández, era un nombre para un torero y que no hubiese podido haber tenido otro oficio.

Aquel día, no tenía un buen presagio, todo se había vuelto confuso, pero, quizás el día se despeje y ese manto oscuro y gris plumizo se quite.

Todo estaba preparado, su traje de luces y su ayudante, su hermano Baldomero, que nunca le fallaba. Ese día Baldomero se retrasó y con una disculpa muy frágil, se había quedado dormido. Todavía les quedaba el viaje largo a Jaén y, aunque el día era largo, la plaza esperaba mucho tiempo antes. A Linares no le gustaba llegar tarde y ese pequeño detalle le pareció otro mal augurio.

Recordaba aquellos versos de Lorca en el poema *Prendimiento de Antoñito el Camborio*. "El día se va despacio, la tarde colgada a un hombro, dando una torera sobre el mar y los arroyos". No sabía por qué se le había venido a la cabeza esos versos, pero no le gustaba recordarlos.

Su hermano le ayudó a vestirse. El traje era brillante y bonito, como todos los trajes de luces, aunque a él le gustaban menos vistosos, pero ese se lo habían regalado y hoy

sintió que lo tenía que poner. Su hermano le preguntó si no sería mejor ponerse el de siempre y Linares le dijo que hoy su corazón le pedía ese. Representaba el símbolo de la amistad, de la fuerza, del ánimo y hoy no sabía por qué pero lo necesitaba.

El festival taurino era a las 5, casi siempre son a las cinco, pero él siempre estaba en La Plaza dos o tres horas antes. Y ese día también.

Sus compañeros de faena comentaron un poco lo de siempre, el tiempo, la Plaza llena, la ganadería a la que pertenecían los toros y algunas cosas sin mucha trascendencia, porque hablar de eso les ponía nerviosos. Siempre preferían no hablar de familia, por si acaso. Su oficio no lo entendía mucha gente y a veces se hacía difícil explicar. Para ellos formaba parte de su vida y era un arte, pero para mucha gente esa lucha contra un animal no estaba bien vista.

El primer toro salió un poco nervioso, pero ese no era el suyo. Su compañero de ruedo libró una batalla complicada de la que salió airoso el torero.

A Linares le tocaba el tercero, de nombre, "Tormento" y, al principio todo fue normal. Era un toro lento, no entendía muy bien lo del nombre. Le costaba trabajo hacerle entrar en el juego. Quizás no estaba haciendo su mejor faena.

De repente, en un segundo, todo cambió. Linares dio la espalda al toro y el toro cogió a Linares la espalda.

No tuvo oportunidad de reaccionar, ni de pensar, ni de llorar, ni de despedir, ni de agradecer ni de dar la vuelta al ruedo.

Aquella mañana no era una mañana cualquiera. El color del cielo era plomizo y no parecía cambiar de color. El día se fue despacio y a Linares no le dio tiempo de colgar el capote al hombro.